

Planell Riera, Joaquín

Vitoria, Álava, 22 de septiembre de 1891 - Madrid, 3 de julio de 1969

Hijo de un general de artillería de origen catalán, a los catorce años sentó plaza como educando de banda. Ingresó en la Academia de Artillería en julio de 1910, finalizando sus estudios y ascendiendo a primer teniente con el número uno de su promoción en julio de 1915.

Joaquín Planell era uno de los numerosos artilleros que en esos años unía a sus condiciones de buen militar un alto nivel técnico en aspectos como la química industrial o la siderurgia, que eran imprescindibles para la dirección de las fábricas militares de pólvoras o armamento, cometido asignado al Arma de Artillería. Esta competencia técnica era compartida por su hermano Francisco, gran experto y autor de varios libros sobre el empleo industrial de la electricidad, que fue director de la Compañía de Tranvías de Barcelona y catedrático en la Escuela Industrial de la Ciudad Condal.

Tras un primer destino en el 1.º Regimiento de Artillería de Montaña con guarnición en Barcelona, Joaquín Planell fue destinado al año siguiente en comisión a la Fábrica de Artillería de Trubia, iniciando unas actividades técnicas que solo abandonaría en reducidos periodos de su vida profesional. Simultaneándolo con su destino en Trubia, Planell tomó parte en diversas comisiones tanto en España como en el extranjero, pasando desde el asesoramiento para la fabricación del acero al cromo-níquel en los altos hornos de Bilbao al estudio en Estados Unidos de los procedimientos en vigor en el ejército norteamericano para el empleo de los gases o la elección del emplazamiento más adecuado para la instalación de una fábrica de agresivos químicos en territorio español.

Planell, junto con el también artillero Juan Izquierdo Crosselles, fue uno de los principales expertos dentro del ejército español en la fabricación y empleo táctico de los gases como arma de guerra. Si en su momento el uso de agresivos químicos en Marruecos pasó casi desapercibido, en la actualidad constituye uno de los aspectos más controvertidos de la actuación militar de España en su zona de protectorado. En realidad, las cantidades de gas empleadas, sus resultados inmediatos y sus efectos a largo plazo están muy por debajo de las cifras exageradas proporcionadas por algunos autores sensacionalistas o poco meticulosos en sus investigaciones.

Cuando, tras el desastre de Annual, el Gobierno español inició una decidida actuación para recuperar el territorio perdido en la zona oriental del Protectorado, la utilización de gases fue uno de los recursos a los que se acudió para tratar de domeñar la resistencia rifeña. Inicialmente se utilizó la cloropicrina, gas lacrimógeno y estornudógeno, proporcionado por la casa francesa Schneider, junto con los obuses de 155/13 comprados por España y empleados en Marruecos desde 1922. Los proyectiles se cargaban con la cloropicrina en un pequeño taller instalado por la casa Schneider cerca de Melilla. Los efectos de estos proyectiles eran muy limitados, por lo que se decidió el uso de gases más letales (iperita) así como su lanzamiento no por medio de piezas de artillería sino por aviones, lo que amenazaba no solo las zonas de contacto sino el conjunto del territorio rebelde.

Simultáneamente al empleo de los gases en Marruecos, en España se decidía, con el respaldo personal del rey Alfonso XIII, la construcción de una gran factoría que proporcionase

al ejército español todo tipo de gases de uso militar. Planell participó en la comisión que eligió el emplazamiento para la que sería bautizada como Fábrica Nacional de Productos Químicos Alfonso XIII, escogiendo el paraje de la Marañososa, cerca de Madrid.

Hugo Stoltzenberg, un químico y empresario alemán que durante la Primera Guerra Mundial había formado parte del equipo responsable de la fabricación de gases tóxicos, ganó el concurso para la puesta en funcionamiento de la factoría. Asimismo, se encargó de adaptar las instalaciones del taller de Melilla y de proporcionar los componentes para la fabricación en el mismo de iverita. Stoltzenberg era un personaje que se movía al límite, si no al margen, de la legalidad. Desde Alemania, había exportado gases tóxicos a terceros países, algo prohibido a Alemania por el Tratado de Versalles. En relación con la fábrica de la Marañososa tuvo la habilidad de percibir el total de la cantidad del contrato antes de entregar al ejército español unas instalaciones incompletas y defectuosas que nunca llegaron a producir ningún gas salvo en pequeñas cantidades y de forma experimental. En definitiva, un fiasco o una estafa.

Por otra parte, después de las modificaciones llevadas a cabo por los empleados de Stoltzenberg, el taller de gases de Melilla era para sus operarios un lugar más peligroso que los lugares atacados con los proyectiles de iverita que allí se producían. Pronto, desde la Comandancia General de Melilla se requirió la presencia de oficiales de Artillería que diesen solución al problema. Uno de ellos fue Joaquín Planell, capitán desde enero de 1919, quien a finales de marzo de 1924 fue destinado a Melilla al mando de una de las baterías de obuses Schneider que disparaban proyectiles cargados con gas. Ya en Melilla se le agregó al aeródromo de Nador, donde impartió a los pilotos conferencias sobre el empleo y precauciones con la iverita, realizando ensayos de lanzamiento de bombas de iverita desde avión, modo de empleo que tan solo los británicos habían experimentado, pocos meses antes, en Mesopotamia contra las tribus rebeldes.

Durante los meses de mayo, junio y julio de ese mismo año Planell participó, como observador, en varios bombardeos sobre diversos objetivos en las proximidades de la bahía de Alhucemas, en especial en territorio de la cabila de Beni Urriague, incluyendo Axdir, lugar donde se encontraba la casa de Abd el-Krim. En ese mismo periodo dirigió la descontaminación de lugares afectados por explosiones accidentales de bombas de iverita, sufriendo la ulceración del ojo derecho, citado como distinguido en varias ocasiones en la Orden de la Comandancia General de Melilla.

Como se apuntaba más arriba, el total de gases tóxicos empleados por el ejército español en Marruecos fue muy reducido en comparación a las cantidades utilizadas por los beligerantes durante la Primera Guerra Mundial.

La cloropicrina, de la que la casa Schneider proporcionó cincuenta mil litros, era un gas lacrimógeno y estornudógeno que podía ser mortal en locales cerrados. En la actualidad se utiliza como insecticida agrícola y sus efectos en Marruecos fueron muy limitados, dada la forma de combatir de los rifeños. En la práctica, afectaba más a las guarniciones de las posiciones españolas, que no podían abandonarlas, que a los rebeldes, que se dispersaban ante el primer indicio de aparición de gas.

El total de iverita fabricada en Melilla oscilaría entre los treinta mil a cincuenta y cinco mil kilogramos, que daría para la carga de unos cuatro a siete mil proyectiles de artillería de 155 mm o de las bombas de aviación más utilizadas, que pesaban veinte kilogramos, incluida la carcasa. A pesar de lo afirmado por autores como Balfour, ni la fábrica de la Marañososa ni

cualquier otra fábrica en España llegó a producir gas que se emplease en Marruecos. El atraso industrial de España solo permitía que se fabricase en Melilla, empleando los componentes proporcionados por Stoltzenberg.

A la cloropicrina y la iperita hay que sumar cuatrocientas bombas cargadas con fosgeno, entregadas al ejército por la Armada, con probable origen británico.

El empleo de gases por bombardeo aéreo se concentró en zonas y periodos bien determinados. En la primavera de 1924 se empleó, combinando iperita y proyectiles incendiarios, en la zona de Alhucemas, en especial sobre la cabila de Beni Urriaguel. Estos bombardeos respondían a un plan que trataba de paralizar las actividades económicas de la cabila más activa en la resistencia, impidiendo la recogida de las cosechas y la celebración de los zocos. La ejecución del plan fue un fracaso, ya que bombardear la zona de Alhucemas desde Melilla llevaba a los aviones de la época al límite de sus posibilidades, quedando pronto muchos de ellos fuera de servicio.

En el otoño de 1924, a causa de las operaciones de repliegue de Xauen y los intentos para evacuar las numerosas posiciones aisladas, el grueso de la aviación española se empleó en la zona occidental, lanzándose una cierta cantidad de bombas de iperita y fosgeno.

En septiembre de 1925, para apoyar el desembarco, la aviación volvió a centrarse en objetivos en la bahía de Alhucemas, atacando con bombas de iperita la artillería y las concentraciones de tropas rifeñas.

Finalmente, en las fases finales de la campaña, ya en la primavera de 1927, volvieron a emplearse gases para atacar a los últimos grupos de rebeldes recalcitrantes que se refugiaban en los lugares más inaccesibles de la complicada orografía del Rif.

Junto a la aviación, los obuses Schneider de 155 mm fueron las únicas piezas de artillería española en condiciones de disparar proyectiles cargados con gas. Su uso se restringía a ocasiones muy concretas. Al parecer, se utilizaron en alguno de los intentos de abastecer las posiciones de Tizzi Aza, durante el desembarco de Alhucemas, ocasión en la que se instalaron en el Peñón dos de las tres baterías de este tipo disponibles para realizar contrabatería sobre la artillería rifeña. Un último uso de gas por esta pieza de artillería tuvo lugar durante el mes de diciembre de 1925 para tratar de acallar el cañón bautizado como «El Felipe», que los rebeldes habían emplazado en una cueva en el monte Bozeitún, al sur de Tetuán, y con el que bombardeaban indiscriminadamente la ciudad.

Comparando las cantidades de gas tóxico aquí apuntadas con lo consumido en cualquiera de las batallas libradas en los frentes de Francia o Flandes se deduce lo poco fundado de las campañas sobre el uso de gas venenoso por parte del ejército español. Tan solo en el primer día de la guerra en que los alemanes utilizaron gases tóxicos, el 22 de abril de 1915, en el sector de Ypres, emplearon cerca de ciento setenta mil kilogramos de cloro. En conjunto se estima que entre todos los contendientes en la Primera Guerra Mundial se emplearon ciento veinticuatro mil toneladas, en su mayor parte en el frente occidental, cantidad ingente comparada con las escasas noventa a cien toneladas de todos los tipos de gas empleadas por España en Marruecos.

Volviendo a la figura del biografiado, en el número de marzo de 1925 de la *Revista de Tropas Coloniales*, en un artículo titulado «El empleo táctico de la artillería», Planell daba respuesta a otro del mismo título que dos meses antes había publicado en la misma revista el entonces teniente coronel Franco. En su artículo, Franco se quejaba de la carencia de espoletas a tiempos y de proyectiles incendiarios y fumígenos que facilitasen la actuación de la

infantería en las operaciones en Marruecos. Planell, coincidiendo en lo fundamental con Franco, proponía el empleo de proyectiles de fósforo con espoleta a tiempo, que simultaneaban la generación de humo con la caída de numerosos fragmentos de fósforo incandescente, combinación que juzgaba dispersaría cualquier concentración de harqueños enemigos. Quizás a causa de este artículo, a finales de marzo fue comisionado al Taller de Gases, para proceder a la carga de proyectiles fumígenos, realizando una demostración de sus efectos ante el comandante general de Melilla. El día treinta del mismo mes, por una avería en uno de los aparatos de carga del Taller de Gases, se produjo una fuga que le alcanzó el pie izquierdo y ambos ojos, causándole quemaduras que le forzaron a ingresar en el hospital Docker de Melilla durante más de cuatro semanas.

El 17 de julio de 1925 fue destinado al Peñón de Alhucemas, tomando el mando de las baterías de artillería del mismo. A partir del día 20 de agosto el Peñón fue fuertemente hostilizado por la artillería rifeña. Planell repelió el fuego con todas las piezas disponibles. En el curso de esta acción, durante la madrugada del día 21 de agosto, fue alcanzado por un cascode de metralla, que le produjo una herida leve en el brazo izquierdo y otra muy grave en la cabeza con perforación del cráneo. A pesar de estas heridas, se negó a ser evacuado y continuó dirigiendo el fuego de sus baterías hasta que cesó el de las piezas enemigas. Por esta acción se le otorgó la Cruz Laureada de San Fernando, máxima recompensa militar.

A causa de estas heridas no se reincorporó al servicio hasta enero de 1926, encomendándosele el mando de una batería de montaña en la Comandancia General de Ceuta. En mayo del mismo año fue destinado a Barcelona, al Regimiento de Plaza y Posición n.º 2. En octubre del mismo año, en consideración a los méritos contraídos en las operaciones desarrolladas entre agosto de 1924 y julio de 1925, fue ascendido por méritos de guerra al empleo de comandante. Planell fue de los artilleros disciplinados que acataron la orden de Primo de Rivera de obligada aceptación de los ascensos por méritos, a pesar del juramento de renuncia a los mismos que todos los oficiales de Artillería realizaban al salir de la Academia. En diciembre de 1930, tras la caída de Primo de Rivera, Planell renunció al ascenso, volviendo al empleo de capitán.

En enero de 1927 fue destinado a la Fábrica Nacional de Productos Químicos Alfonso XIII, donde trató de poner en funcionamiento las defectuosas instalaciones dejadas por Stoltzenberg.

En diciembre de 1928, como consecuencia de los enfrentamientos entre Primo de Rivera y el Arma de Artillería, Joaquín Planell solicitó el pase a la situación de disponible voluntario. Reingresado en el servicio, en febrero de 1930 fue destinado como agregado militar a la Embajada española en Washington, donde permaneció hasta abril de 1934. A su vuelta a España pasó destinado a la Comisión de Industrias Civiles de la Primera División, órgano responsable de la movilización industrial en caso de guerra.

El 18 de julio de 1936 se encontraba disfrutando del permiso de verano en Altea (Alicante). Se negó a prestar servicio al Gobierno de la República, siendo detenido en septiembre del mismo año y encarcelado en la cárcel provisional de Ventas, en Madrid. Tras muchos avatares logró escapar, refugiándose sucesivamente en las embajadas de Panamá, Cuba y Francia y pasando finalmente, durante el verano de 1937, a la otra zona. En ella se le encomendó la jefatura de la Sección de Fabricación de la Comandancia General de Artillería, puesto desde el que dirigió las tareas de numerosas fábricas militares y civiles movilizadas.

Tras el final de la Guerra Civil y tras su ascenso a teniente coronel, Planell orientó su carrera a la dirección de la fabricación industrial, colaborando con personalidades que,

como Juan Antonio Suanzes, amigo de Franco y creador del Instituto Nacional de Industria (INI), consideraban que la autarquía industrial era un aspecto indispensable para la defensa de España. Entre 1940 y 1945 realizó varias comisiones a Italia, Suiza y Alemania para estudiar diversos procedimientos de fabricación. En agosto de 1943 dejó el Arma de Artillería, ingresando en el Cuerpo de Ingenieros de Armamento y Construcción (Rama de Armamentos).

En diciembre de 1941 fue nombrado vocal representante del Ministerio del Ejército en el Instituto Nacional de Industria y presidente de la Empresa Nacional Calvo Sotelo, realizando varios viajes a Alemania al objeto de obtener información sobre la producción de combustible líquido a partir de la hidrogenación de pizarras bituminosas, proceso que se trataba de realizar en Puertollano, pero para lo que en España se carecía de los conocimientos necesarios. Desde junio de 1948 fue subdirector del Instituto Nacional de Industria. En mayo de 1950 ascendió a coronel, continuando en sus tareas en el Instituto Nacional de Industria hasta que, en junio de 1951, fue nombrado ministro de Industria, responsabilidad que mantendría hasta 1962, momento en que por razones de salud dejó el cargo. En 1955, tras pasar por edad a la situación de reserva, y por tener la Cruz Laureada de San Fernando, había sido ascendido al empleo de general subinspector del Cuerpo de Armamento y Construcción.

Falleció en Madrid el día 3 de julio de 1969.

J. A. S.